

Ángelos Sikelianós

EL ÚLTIMO DITIRAMBO ÓRFICO
O
EL DITIRAMBO DE LA ROSA



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

ÁNGELOS SIKELIANÓS

EL ÚLTIMO *DITIRAMBO* ÓRFICO
O
EL *DITIRAMBO* DE LA ROSA

ÁNGUELOS SIKELIANÓS

EL ÚLTIMO *DITIRAMBO* ÓRFICO
O
EL *DITIRAMBO* DE LA ROSA

Prólogo de:
Kostas E. Tsirópulos

Traducción de:
Isabel García Gálvez



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Clásicos Neogriegos
Director de Serie: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título original: Ὁ τελευταῖος ὀρφικός διθύραμβος· ἢ ὁ διθύραμβος τοῦ ρόδου

Autor: Ángelos Sikelianós

Traducción: Isabel García Gálvez

Nº en la serie: 8

pp.: 48

1. Literatura neogriega. 2. Poesía

Primera edición: La Laguna, Tenerife, 2001 (II Congreso de Neohelenistas de Iberoamérica)

© de la 2ª edición española: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874

Maquetación: Jorge Lemus Pérez

ISBN: 978-84-95905-67-3

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

Prólogo

EL POETA DE LAS VISIONES

Kostas E. Tsirópulos

El poeta de las visiones

Si los grandes poetas, desde Homero hasta Rilke, más que comentaristas fueron visionarios del misterio del Mundo y oficiantes de las Fuerzas secretas de la vida, a comienzos del siglo XX, un Sikelianós de apenas diecinueve años puso, con su largo poema *El Visionario*, frente al Mundo el sagrado don del Amor y de la Belleza e invitó al Hombre a un despertar prodigioso en el extasiado goce del existir.

De nuevo, en 1933, cuando este Oficiante vislumbraba cómo se agigantaba el Mal que, en breve, habría de abalanzarse contra la Humanidad y desmembrarla, presentó *El ditirambo de la Rosa*, una invocación secreta de regreso a las venerables fuentes de la vida, a las Fuerzas originarias que desde las entrañas de los ancestrales siglos ascienden para elevar a los hombres y volverlos a juntar con los Sagrados Centros de la Creación; Centros que tienen por símbolos la Espiga, el Vino y, sobre todo, la Rosa, rasgos fundamentales de la construcción de la Vida. Porque, si la Espiga constituye nuestra significación y el Vino nuestra posibilidad de exaltación, la Rosa nos invita al Amor y se convierte en el vínculo más excelso de la Unidad de la Ecúmene y el símbolo de la Existencia que constituye la liberación última del Hombre.

Sentía el Poeta cómo una humanidad que había sido quebrada por el nihilismo espiritual, que había perdido su relación religiosa con el misterio de la existencia y que se enfrentaba desorientada a la Historia, corría el peligro de hundirse en la insensatez; y esa insensatez, capaz de romper la sagrada Medida de la vida y rendirla

a una sangrienta incógnita, hubo de llegar con la criminal destrucción de la Guerra de entonces.

Ante aquella destrucción, y ante cualquier otra destrucción de la sagrada hermosura del Hombre, se alzó Sikelianós, no el comentarista horizontal de la realidad histórica sino el visionario vertical del Mal, para exorcizarla con el sagrado signo de la Rosa. El Signo que simboliza exactamente el enigmático misterio de la Belleza, pero sobre todo el misterio del Amor y de la Existencia. “La Rosa” se alza “para hechizar el caos” de la Historia (vv. 646-650) que constituye una negación de la Medida y del Ritmo (vv. 572-574) —datos y propuestas de vida de los griegos— con la Rosa, “el olímpico don de la sagrada simetría” (v. 389), el Poeta propone volver a encontrar el sagrado equilibrio del Mundo y del Ser.

De qué modo tan súbito la voz oficiante de Sikelianós en *El ditirambo de la Rosa* no se escucha ya lejana sino cotidiana, consecuente con su conmovedora actualidad, así como la dureza originaria del hombre que, armada con la sublime tecnología, fuerza los litúrgicos sellos del Mundo, fragmenta el sagrado equilibrio de la Creación y sumerge a la humanidad en una fiereza atormentadora. ¡Doloroso despertar del letargo placentero del consumismo! ¡Cómo es que cuantos escuchan aguantan con aflicción y con la conciencia despierta! ¡Cómo, de repente, la voz del Poeta resuena tan nítida incitándonos religiosamente al ejercicio y a la catarsis existencial para poder ascender hacia la antigua enseñanza de la Espiga, del Vino y de la Rosa, y descubrir a través de su simbolismo el venerable modo de Vida!

Así todos los logros cumplidos de la Razón. *El ditirambo de la Rosa*, con “mil lenguas juzga” (Solomos). Y estrujamos esta razón incitativa de la poesía provocadora que nos invita a un ascesis trágico: al reencuentro del sagrado sentido del Hombre y de la Vida, que simboliza la Rosa

del Amor y de la Existencia. Estas dos Fuerzas teúrgicas santificarán al Mundo.

Kostas E. Tsirópulos

El último *ditirambo* órfico
O
El *ditirambo* de la Rosa

Ángelos Sikelianós

El último *ditirambo* órfico

O

El *ditirambo* de la Rosa

Esta es la consubstancialidad órfica... en la que se realiza la ligazón deseada y armoniosa de las esencias.

(Orphicorum fragmenta)

INTRODUCCIÓN

La Belleza salvará al Mundo.

(Dostoievsky)

Desde las míticas profundidades de los siglos, el Orfismo avanza con tres símbolos sustanciales: la Espiga, la Vid y la Rosa. Pero, si bien el enorme significado y el rumbo de los primeros símbolos nos ha sido extensamente transmitido por la religión, por la vida y por el arte de nuestros antiguos al contener la extraordinaria y muy intensa impulsión dinámica; el tercero, en cambio, —*el olímpico don de la sagrada simetría*, la «Rosa-Razón», que aún en una excelente composición los antagonismos que, a través de los siglos, presenta el acaecer de los dos primeros (de la Espiga y la Parra)— se halla sumido en la oscuridad desde tiempos remotos hasta ahora, justo por ser la más alta y difícil coronación de iniciación para individuos y pueblos.

Pero, baste que, en cualquier momento, este tercer símbolo, siguiendo a los primeros, se proyecte desde las simas de los siglos, como nos confirma con pruebas irrefutables la tradición por la cual el primer altar Órfico fue elevado por el propio Orfeo hacia el Sol y hacia la Rosa en la cumbre del Pangeo, o como otra constatación arqueológica por la que las primeras monedas de las tribus salvajes de Tracia se acuñaron con la forma de La de Cien

Hojas, que hasta ahora nace en el Pangeo. Baste asimismo, el dato de la prehistórica expansión religiosa del cultivo de la Rosa entre todos los pueblos vecinos de Tracia (véanse las rosaledas de Midas en Frigia y otros lugares), un cultivo que aún hasta hoy ocupa una posición completamente distinguida entre ellos (compañera —indiferente si se pierde por completo su profundísimo significado— de los similares nombres búlgaros, serbios y griegos: Villa Rosa, Rosaleda, Rosales, etc.). Baste, digo, esto y una profusión de pruebas semejantes para ayudar a brotar de nuevo, hoy que toda nuestra agitada Historia circunstante ha revitalizado dichas pruebas, este resplandeciente Símbolo en nuestro pensamiento y en nuestra vida, y a retomar en nosotros su impoluto sentido resucitado y su perspectiva.

Desde tiempos remotos nos ha sido suficientemente constatada la entusiasta creatividad y la regulada intención de este Símbolo en la Antigüedad; primeramente, con la Legislación Déléfica (Anfictionías, competiciones religiosas y deportivas, igualdad de derechos humanos de hombre y mujer, liberación de esclavos, etc.), así como con el inseparable misterio de la dinámica Simetría, en que se sustenta la fundación de todo el Arte antiguo, es decir, la creación de naves, estadios, teatros, estatuas, ritos, ditirambos, odas, tragedias.

Y digo que este Símbolo reaparece por entero pausada y espontáneamente en nuestra época, y que su ausencia, ausencia de siglos, no ha permitido brillar del todo a sus símbolos hermanos, la Espiga y la Vid, ya que les faltaba o les falta su articulación con el tercero, que es eje, medida y meta inagotable.

De este modo el Simbolismo Órfico —que es el universal— obtiene su cumplida significación gracias a la gran ley de la Analogía, que repite, en todos los grados y formas de todas las civilizaciones humanas, los mismos, siempre simples pero infinitamente fructíferos, Principios

creadores de la Vida íntegra, del Saber íntegro y del Arte íntegro.

Este Símbolo, renacido pues sin violencia en mí, lo elevo hoy con la Razón poética entre mis hermanos los hombres, igual que de otro modo quise y aún quiero elevarlo entre ellos con mi intento Delfico.

Esta obra constituye el comienzo de mi última labor creadora (del ciclo de mis tragedias inéditas), un movimiento de simple pero sólida fe, dentro de un ambiente en que nuestra época nos invita a trabajar, el ambiente de la más elevada Unidad ... Lo envío a mis hermanos los hombres, sin más valor que el del simple presagio y de mi saludo puro del alma.

La cordillera del Pangeo. Una roca donde está sentado Orfeo. Crepúsculo. En derredor suyo sus combatientes y alumnos.

Orfeo

Yo dije: «Que nadie me siga.» Iré solo; y si vuelvo, solo ha de ser.
Mas si no vuelvo, mi nombre les dejo y Huérfanos les nombro, para que, 5
en la soledad por venir, reunidos estén, como niños que han perdido a un padre pobre, y al anochecer se reúnen todos en torno a la muda lumbre, y su mente, —aún clavada en la misma palidez del muerto amado, mira y se agiganta 10
en lo más profundo lo que dejó: un arado, unos granos de trigo, y dos leños para el hogar. Y su dolor, quedo y seco, inesperado se alza ante ellos, ase el arado como yugo, el trigo 15
como el labriego, lo siembra y dice: «Toda la tierra con esto he de arar, sembraré el mundo todo de parte a parte, para comer con nosotros la parquedad, que nunca madre ni padre conociera— 20
basta que el fuego arda un poco aún en casa y que nuestro muerto nunca de entre nosotros falte.»
Y las riquezas del mundo: armas, glorias, áureos palacios, todo les parece un juego 25
ante el arado, el trigo y la llama, herencia del santo difunto, porque, si acaso el pan no bastara para darles hoy a sus huérfanos, a los ojos de su dolor

se agigantan, y mañana, quién sabe, saciarán
el hambre de un pueblo... 30

Semejante ha de ser
pronto también esta orfandad, si parto.
Mas la secreta herencia que en ustedes
dejo es otra y otro andar sus espíritus
tomarán pronto de ella ... ¿Me escuchan? 35

Primer corifeo

Te escuchamos, Señor. Tú nos lo dijiste:
El ojo crece en la oscuridad,
y la escucha en el silencio... Y Tú sabes
cómo comenzó a brillar en nuestras mentes
la raíz ancestral, y cómo en nuestro oído 40
principió Tu verbo. Te escuchamos,

Señor, lo sabes. Y nuestra ruda alma,
que Tú por años cuidaste, como el arquero
el nervio de su arco, cuando noche y día
con aceite lo unta, para arrojar 45
lejos su flecha; y como la golondrina

resuena por el contacto y se entrega
por completo, así abres Tú Tus labios...
Mas, ¿qué es esto que nos dices, que solo
irás, y si volvieras, solo ha de ser, 50
y que puede que no vuelvas? ¿Qué es?

¿Quién de nosotros aquí que su vida
sin Ti desear quisiera? ¿No iremos
Contigo, Señor, ascendiendo otra vez
las laderas del sagrado monte en la noche, 55
como cuando Tú nos tomaste por vez primera
y ligero ascendías hasta las alturas,

cuando nosotros sentíamos, en nuestro pecho,
como tambor báquico, nuestro corazón
ligar en secreto la tierra a los astros? 60
¿Ya no estaremos más a tu alrededor,

como en combates miles en que Tu aliento,
levantándose en contra de tiranos,
con ritmo desplegaba todos los combates
con sagrados pirriquios, mientras Tú, solo, 65
sin armas, con la mirada tan sólo,
o con la mano, mostrabas dónde lo justo
y dónde la victoria, Señor? Y ¿cómo así
piensas dejarnos ahora?

Orfeo

¿Quién ha hablado así? ¿Tú? ¿Tuyas son 70
las palabras de ese corazón que cree para ti?
Conque, ¡Silencio! Deja manifestar el poder
todo de tu espíritu, y desvela así
los más ocultos misterios de tu corazón.

¡Don de la Piedad, que habita en todo 75
rudo y cumplido combate y que testigos
no anhela, desciende ya hasta éste de aquí!

Y ¡Tú, paloma agreste del valor
del misterio manifestado tan sólo
en la perfecta acción, golpea Tu ala 80
en su frente un momento, como tantas
veces de imprevisto le aliviaste!

Así pues, porque les he dicho tan sólo
que huérfanos quedarán, ¿sus corazones
se han agitado hasta olvidar lo que en años 85
les he exhortado?

«El que separándose rasgó
los oscuros piélagos, teniendo siempre
en mente a Amor, astro indomable,
no sólo se ha de juntar él a aquellos
que se han perdido, sino, como sacro puente, 90
ha de unir a los demás entre sí: lugares
con lugares, pueblos con pueblos, enemigos con amigos,
con la vida la muerte, los siglos

con los siglos.»

Y tú, que acabas de decir
que en tu espíritu brilla sin cesar 95
la raíz ancestral, ¿sientes ahora temor
por la separación?

Primer corifeo

Señor, lo sé, yerro.
Porque el fiel perro sabe bien
velar la tumba de su señor.
Y ante olvidar todo, esto en cambio no. 100
Mas cómo olvidar Tu voz, Señor,
si cuando la oigo diría que sólo entonces
el velo del sagrado templo se recoge,
entra en el más sacro de los lugares —¿dime!—
si todo he de olvidar, ¿cómo olvidar esto? 105

Orfeo

En verdad, concentras así ante ti
una densa bruma, que ni mi voz
podría de una vez disolver. Vengan
más cerca, ¡no sólo para sentir
mi voz, sino el latido de mi corazón! 110
Vengan aún más cerca...

Miren
en su interior y díganme: ¿Recuerdan
cómo Los escogí juntos, y uno por uno?

Miles me seguían ... Ni ellos mismos
sabían el porqué. Pero, así como el sol 115
ya súbitamente comienza a derretir
nieves en los montes y en los ríos
hielos, y las aguas, ya liberadas,
se tornan cataratas, de igual modo,
apenas la lira y mi voz resuenan 120

Orfeo

Dime: es tu alma
mi alma

Segundo corifeo

Si un día en que este sangriento 150

combate se haya olvidado, y ya todo,

tierra y cielo, piélagos y montes

de alrededor, como lirios silvestres,

respiren al alba de modo reposado,

y Tú te hayas arrastrado a Tu 155

secreta cueva a celebrar los ritos

de los dioses y de Tu alma, enfrentados

en secreto, caminando juntos, como

cazadores de ciervos sigilosos en bosque

frondoso, y encontrarte a Ti solo, 160

y con astucia, de repente, como los Titanes

que, untando los rostros con arcilla,

se abalanzan despedazando a Zagreo,

por querer romper los hechizos que atan

a las fieras a su ojo, del mismo modo a Ti 165

nosotros Te despedazamos, derribando

los vínculos de Tu encanto, y reteniendo

en nuestras manos la fuerza íntegra que

con el Baile, la Lira y la Razón

de nuestros pueblos robabas...

Y de repente, 170

allí donde buscábamos con oído presto,

percibíamos la respiración del hombre

y cómo en su pecho subía y bajaba un sueño

matutino. Y despacio nos acercamos todos.

Sí, así dormiste tranquilo, como duerme 175

reposado ante su cueva el dorado león.

E igual que él yacías desarmado,

tan sólo con Tu cabellera y tan sólo
la riqueza del sagrado aliento. Ni
lanza a Tu lado, ni Lira; en Tu mano 180
sólo vimos, sorprendidos todos,
ceñirte confiado en Tu pecho
una gran Rosa, la hecatonfilo, que,
al respirar Tú, dirías que Contigo respirara.

Me serenaré un instante, Señor. Pues, mira 185
la lágrima inocente que ha brotado en los ojos
de mis hermanos. Su recuerdo se ha encendido;
ya, desde el comienzo, los labios temblorosos
tomaron de mis palabras la razón...
Es justo que hable de nuevo, Señor. 190

Orfeo

Habla pues: una es el alma y otro el corazón.

Primer corifeo

En verdad, Señor, me tiembla ahora
el labio, y mi corazón tiembla por dentro.
Aunque lo sepas. Sin embargo, voy a hablar.

Así pues, inclinados veíamos todos 195
ese Tu sueño y esta gran Rosa
que, con tu aliento, subía y bajaba.
Y alguno de nosotros, sin ni siquiera
guardar que acaso despertaras, dijo:
«Indigno de hombres es arrojar 200
al sueño a un hijo como éste.

Prendamos pues mejor al ciervo
vivo». Y volviéndose hacia mí:
«Hunde», me dijo, «un poco la lanza
para que despierte, porque en verdad parece 205
ser su sueño hermano de la muerte;

húndela un poco.» Y así, cuando a ciegas
acometí la orden, en Tu propio costado
mi lanza apreté con suavidad. Y al instante
apenas se encardinó la túnica... Entonces 210
abriste los grandes ojos insondables,
y con un suave suspiro te incorporaste,
sentado en tu lecho. Y cuando nos viste:
«Hijos», dijiste, «¿qué fue? ¡Tan profundo
dormía en el abrazo de Dionisios! 215
Y ¿qué fue en mi costado, de repente, ese
dulce dolor que siento que me ha venido
aún más cerca, ya en mi alma,
viéndola al despertarme? ¿Qué ha sido?»

Así dijiste: y así percibiste la sangre, 220
que lentamente resbalaba por Tu costado:
«Hijos», nos preguntaste, «¿Y esto por qué?»
Y mientras mantenías la Rosa, en Tu costado
apoyaste firmemente eso, y con una red
a Tu alrededor nos llamaste, «Vengan» 225
así nos decías, «no teman... siéntense».
Y nosotros en esa malla sentados todos
a Tu alrededor, y ni uno solo la boca
movió para hablar; sino una placidez
que duró un gran rato, hasta que 230
desde la súbita cima del Pangeo apareció el Sol, y la Rosa
ensangrentada se alzó ante Ti y así comenzaste:

“Oh Sol, Tuya es la sangre y Tuya es
la Rosa, como yo mismo soy Tuyo, 235
como todo Tuyos son ellos, y aunque
a llevarse mi vida vinieran, juntaría
Tu ocaso a sus corazones en uno
con el mío desde este mismo instante.
Ya el oráculo perfecto está ante Ti, 240

¡Oh Apolo! La madre de los dioses, la Noche,
con ésta mi mano Te envía,
cima del aliento, la Rosa perfecta.
Por elevarla ante Tus párpados,
en contra de Tu áureo semblante, bajo 245
Tus fosas nasales humedecidas,
¡cuantos dolores también padecí!
El álamo o el ciprés, cerrados
en un desfiladero, intentando verte
a Ti no alcanzan la altura 250
¡así también yo,
igual que Tu recién lavado bucle
parece derramado en Tu propio oro!

«Concédeme tan sólo desvelar el sagrado Misterio
para mostrarlo también entre ellos, tal como 255
en mi interior así a mí me lo desvelaras,
en mi sueño y en mi vigilia, en la guerra
y en la paz, en la amistad y en la enemistad,
en la vida y en la muerte; concédemelo».

Así invocaste. Y nosotros a Tu alrededor, 260
apoyándonos en las lanzas y en el Sol
inclinados hacia delante, te oíamos y bailaba
nuestro corazón sintiéndote en el himno.
Y ya no recordamos la razón por la que
vinimos a buscarte, sino que con toda 265
nuestra atenta escucha nuestra alma

aguardaba que el Misterio de la Rosa
Tú explicaras, y formamos un círculo
a Tu alrededor, inmóvil, hasta el momento
en que, nada más vernos, Tu boca abriste. 270

Orfeo

Y de nuevo ahora la he de abrir.
Y, como saben, ningún otro debe
tocar las palabras del Misterio
con sus labios, viviendo yo... De nuevo yo,
postrera vez, antes de separarme de ustedes 275
les desvelaré en su interior la cumplida Memoria.

Así comencé: «Oh Sol, de Ti ayuda
buscamos, mas convéncete,
aunque para los demás Tu luz
por completo La cubra, yo a Tu madre, 280
la sagrada Noche, veo que Te abraza.

Mas, ¿cómo puede conocer alguien
al hijo si antes no conoce a la madre?
Porque también yo soy su hijo, y también yo,
huérfano retoño, fui tomado en el pecho 285
de Su compasión, bajo su negro manto
que me cerraba, y mientras mantenía
su sagrado pecho como la cabra brincaba
en la profunda oscuridad. ¡También yo, Su hijo!

Oh Sol, a Ti ayuda he solicitado, 290
por ser mi hermano y ser yo el Tuyo;
porque Tú naciste antes que yo,
y por muy grandes que sean Tus caminos,
noble hermano mío, ya son humanos.

Mas, ¿cómo puede entonces conocer alguien 295
al hijo si antes no conoce a la madre?

«¡Oh Madre-Noche! ¡Oh Secreta, oh Grande!
Y si ahora te ocultas por el brillo
de Tu hijo, como una viuda que alcanza
a escuchar las proezas de su vástago y 300
lejos de él se encuentra enlutada,

mas regocijada en su duelo porque muy
a escondidas vela por sus hazañas. ¡Oh, Madre-
Noche, que aún dentro de la luz más clara
Te contemplo! ¡Oh, fundamento del Profeta, 305
que ya no pastorea sus pensamientos
con los ojos, sino con su corazón,
como el rebaño de rizado pelo oscuro
encuentra en la oscuridad su fuente
y abreva insaciable de la corriente, ¡oh Madre!, 310
dame Tú de nuevo el poder para insuflar
en las almas de ellos, que no Te conocen,
el Misterio de la Rosa, conduciéndolos,
paso a paso, desde la base hasta la santa
cima, pues ni siquiera Tú pareces la misma, 315
tenebrosa, afligida, enlutada,
silenciosa, muy pálida, blanquecina;
ves desde las negras y no esclarecidas
riquezas de la raíz ancestral, allá arriba
siempre, bailando con gran calma 320
sobre las espaldas del mudo
abismo, como gaviota que avanzara
al Amor Armado, y siempre
aguardaras. Y el aleteo de su ala
por encima de Ti llega para brotar 325
nuevos mundos dentro de Ti, nuevas
flores, ¡mil prodigios nuevos!

«Ya estamos aquí, sobre la Tierra, Oh Madre,
muchos son los peldaños hasta ascender
a la santa cumbre que en un aliento 330
todo aúna. Y desde el Hades parte
el primer peldaño y el siguiente
lo construye la santa Demeter. Porque si
ante Hades todos los hombres somos iguales,
también lo somos ante la Espiga 335

Secreta que Eleusis eleva.
Y junto a ellos Perséfone, velando
en persona por todos, separa, como al crío
de la matriz, el alma de sus cuerpos.
Mas, ¿quién es el que junto a la Core 340
antes aún que la muerte y todavía
en la muerte, ayuda al cuerpo
y ayuda al alma, ya encontrados,
en el sufrimiento, más allá del dolor,
a ascender bailando las pendientes 345
del monte, las muchas que Una son?
¿Quién, desde el mismo Hades, con su aliento
dirige el baile de las almas, como miles de hojas
en torno a una encina seca, y se encarna
en jóvenes gentes? ¿Quién insufla en ellas 350
el sagrado impulso del ascenso? ¿Quién sino
Tú, Plutón-Dionisios, al ascender
desde las oscuridades de la Tierra haces brotar,
divino testimonio de Tu poder, la Sagrada
Vid que, al hundirse en las oscuridades 355
de la Tierra y beber de la celestial frescura,
armoniza en sus venas la oscuridad
con la luz en sangre ígnea, entregada
a la sagrada Embriaguez bebiendo de la mano
de las divinas Musas, cada una de ellas 360
apostada en un peldaño para subir Contigo
a la cumbre y cambiar de nombre
según Tú haces cambiar el Tuyo? Y así,
de embriaguez en embriaguez, nuestra razón
y sentir, nuestro valor y nuestro aliento, 365
como de un Dionisios a otro Dionisios,
súbito ascendemos hasta donde ya no basta
el sagrado Vino, al abrirse en nuestro espíritu
el sopro que ya todo aúna en Uno,
alma y cuerpo, sangre y espíritu, odio 370

y amor, pueblos con pueblos, lugares con lugares,
la muerte con la vida, los siglos
con los siglos... Y ésta es la hora
de la Rosa, la de cien hojas, en nosotros
que, sangre y espíritu, alma y carne, 375
e infinita liberación, nos hace entrar
en el círculo en que hasta la fe sobra,
porque la misma vida es fe resucitada
para siempre en nuestros corazones.»

Así hablé: la palpitación y el sobresalto 380
del alma consentían a la Razón.

Según les miraba a ustedes,
la mirada y la forma mudaban
igual que ahora... Hubo quien se irguió,
como amaga el discóbolo su cuerpo 385

cuando lanza el disco, siguiéndole por entero,
mente y cuerpo, sentido; y hubo quien a tierra
se echó, como si hundiera en tierra los ojos
para buscar las raíces del Hades; y un tercero
que llama tenía por mirada, como si mantuviera 390

en tensión ese impulso por encaminarse
hacia la cima; y un cuarto mantenía
cerrados los ojos, como si comenzara ahora
a inspirar la Rosa y su alma
muy queda por dentro lo deshiciera. 395

Y a todos juntos un calor místico
les atravesaba las venas, les hacia detener
la respiración en las fosas nasales, algunos
las abrían a lo ancho y mantenían cerrados
con fuerza sus labios. Y de repente aquel 400

que como el discóbolo se agachaba por coger
el sentido, estirando su cabeza
hacia detrás, como si agitara un peso
enorme, me gritó así: «Orfeo, concédenos

la Rosa también a nosotros, concédenosla, 405
porque amarga es la vida desde que
su exhalación pasó ante nosotros
y no se expandió por la tierra toda. Concede
la Rosa a los pueblos, Orfeo. Porque santo
es el combate del Pan, y santo es 410
el combate del Vino, que, según disminuye
la valentía del alma, de nuevo lo insta a
ascensiones vivificadoras. Pero ahora
otorga en combate la Rosa a los pueblos,
Orfeo, para que se encaminen en unísono 415
hacia la cima que en Uno todo aúna,
alma y cuerpo, sangre y espíritu, odio
y amor, lugares con más lugares, los astros
con los astros, la vida con la muerte, los siglos
con los siglos. ¡Concede a los pueblos la Rosa, 420
Orfeo!»

Así habló aquel. Y a mí el corazón
ya me temblaba, y la mano me temblaba,
después de oír una voz tan imprevista.
Y entonces, pálido, la ensangrentada Rosa
levanté en mi mano, preguntando: 425

«Hijos, ¿dónde quieren plantar primero
la Rosa en la Tierra? ¿Dónde desean?»

Y tardó en llegar la respuesta... Mas de repente,
el que tenía cerrados los párpados,
los abrió y con una voz que de otro mundo 430
venía y que, sin embargo, fluía igual
que un trueno, respondió: «¡En Grecia!»
Y los precipicios, las pendientes, las cimas,
como pechos que sintieras que al respirar
se abrían, resonaron: «¡En Grecia!» 435

¡Y entonces nos envolvió el Peán,
nos llenó el Peán, nos tomó
en sus anchas alas el Peán!

«¡La Rosa», ya todos, «la Rosa a Grecia!»

gritamos y nos abalanzamos. ¡Oh, cuántos
combates desde entonces nos congregaron!
¿Qué decirles? 440

Segundo corifeo

Y si no se dijera, ¿no brillarían
menos, Señor, por esto en los siglos
y en nuestros corazones? Así, en verdad
gritamos y nos abalanzamos; y con ese 445

ímpetu nos seguían multitudes
que, de pronto, rompían las cadenas
que los tiranos de todo lugar les impusieron
en el alma, en los pies y en las manos,
y ahora, con la Ley de Tu Lira, 450

comenzaron a danzar moviéndose
con el ritmo... y Te traían ante Ti
a sus reyes con las manos atadas,
y Tú, desatándoles las manos, con una
sonrisa les decías: «Levanten 455

al cielo los ojos y miren;
cada astro brilla desde un mundo.
¡Qué de mundos por conquistar!» Y ellos,
pequeños ante la Noche y Tu propia
Razón, aturdidos por la vastedad 460

de Tu libertad, agachaban la cabeza,
Y decías en torno al gentío: «Cúidense
de la mesa del rico, porque mesa
más amplia que la Tierra no hay.
No se separen de la Tierra pensando 465

en sentarse más alto que ella
en un trono de gloria fingida, el trono
de la Tierra que todo tiene. Antes bien, lo que
de la Tierra sale, afiáncenlo, ya sea viña,
sea árbol y si se tumba, denle entonces 470
su propio bastón para apuntalarlo,
su propia lanza... Así que, un día,
la Recta Meta ha de brillar de punta a punta
de la Tierra, y el cetro del reino
infinito, la Rosa, tenga cada pueblo en su mano!» 475

Así decías; y las multitudes Te miraban,
igual que la tierna virgen mira
a su hombre perfecto que, de repente, ante ella
se yergue como una columna, y su corazón
lo incita a apoyarse en su costado 480
porque aún no ha dilucidado
en su ser qué es para ella: si hermano,
si madre o padre, o bien, si algún
dios oculto... Así también la multitud
por Ti.

Mas cuando Tu Razón se extendió 485
por Grecia y se rompieron las cadenas
que aquí y allí la habían mantenido atada
y respiraba toda ella como cada mañana
respiran sus celestiales mares de montañas,
cuantos partimos desde el Pangeo, 490
ascendiendo ahora con prisa las laderas
del Parnaso, entramos todos una mañana
en el santo lugar donde la Tierra tenía oráculo
antiquísimo, en Delfos, ombligo del mundo.
Y entonces allí, los miembros esparcidos 495
invocando primero a Grecia — hasta que vinimos
lentamente las gentes de todo el mundo

a atar a la Tierra la Rosa universal
en su puro ejemplo — a Lócride,
ajonia, a Focea, a Beocia, a Lócride, 500
a la Arcadia, a la Argólide, a todas
sus regiones vecinas llamándolas
juntas, como Apolo a las Musas,
comenzaste a arrastrarlos al baile
digno, atado a la Recta Meta, 505
con Apolo desnudo al frente,
y Pitia, Olimpia, Ístmia, Nemea, polos
de una generación libre, a una resonaron:
«No por riqueza, ni por nuestra
vana gloria, sino por una rama de laurel, 510
Tu gloria Apolo, por un poco
de acebuche tan sólo, Tu propia gloria,
Madre Tierra, combatimos». Y muy
queda comienza a entrar la Ley
en sus corazones, y en sus espíritus a brillar 515
el resplandor del postrer Certamen, que todos,
tribus y pueblos, por una cima ascendemos,
y el atleta es un peldaño del sacerdote,
y el sacerdote del Profeta puro, que todo él,
cuerpo y mente, como astro refulge 520
de la luz de la eterna Adivinación,
que es la Verdad universal, y es el vasto
Goce de los Misterios y la sagrada Unión
coronada...

Orfeo

¡Oh, tamaña dulzura
del recuerdo! ¡Cómo pesa en mi interior 525
ese momento y cómo una herida apenas
abierta parecía también ser la fuente
de mi propio corazón, ahora que comienza
a enfriarse mientras hablas, lleno

mi espíritu hasta las entrañas de mi alma 530
de oculto dolor!

Mas, ¿por qué esto?
De lo Inevitable se nutre el Profeta,
con la Necesidad vive, y del puro
Fatum nace. Y sin embargo el dolor es
férreo si éste en vano riega la tierra 535
y esparce la sangre, la gran víctima
sacrificial sin que nadie le arrebathe
la postrer mirada... ¿Sabes acaso

que me has abierto la herida? Hijos,
¿no preguntan por qué me voy? He dicho que 540
hasta ahora no solo el valor han perdido
con la separación. Mas vengan aquí ahora,
un poco más cerca, beban de mi herida
para que se alivie. Les voy a decir

por qué me voy; y si parto, por qué solo, 545
y si no hubiera de volver, por qué
los dejo y los nombro Huérfanos,
para encontraros en esa su soledad
y sean Uno conmigo para siempre...

¡No! No es
el orden carnal ni siquiera la gloria 550
que todo lo mide los que pueden otorgar
la consumación del deseo, que el Profeta,
solo él, ve brillar en la oscuridad
a través de los siglos, porque su alma,
enraizada a la tristeza como a una roca, 555
toda la noche mama del pezón
de los astros y, ya de día, del sol,
y avanza hasta allí donde ya día y noche,
como leche, resplandecen en torno suyo.

No es el orden carnal y el tiempo 560
que todo lo mide el que concederá esta
consumación. Es Amor, que habla y no calla

un instante, en nuestros corazones:

«¡En todo triunfarás y no has de decir
que venciste porque, por enorme que sea 565
el triunfo y la victoria, en verdad todo es
pequeño ante Amor!»

Y esta

Ley, oculto pilar de la Recta Razón,
como el alba aquella cuando penetramos
el santo lugar donde tuvo la Tierra oráculo 570
antiquísimo, en Delfos, el ónfalo del mundo,
íntegro lo entrego, con la Medida

y el Ritmo, peldaño a peldaño, desde la cuna
del tormento, interpretado uno ante el otro
en los Sacerdotes, y con vigor los parapeto 575
con doble poder, vida y conocimiento,
para ascender la doble cima

de los dos enormes Dioses y el Acuerdo
secreto de llevarles por entero,
rasgada en losas, en el desolado gentío 580
que aún aguarda la santa Medida

que afianzará todo junto. Y aún más,
la Rosa, la de cien hojas, les concedo
la armónica la de cien hojas, que todas
las hojas son una y cada una es todas, 585

¡Corona de iniciación! Y aquellos que
con la vida embriagan pueblos y vuelven
a su vez el saber contra ellos, y dejan
que el regalo olímpico de la sagrada simetría,
La secreta de cien hojas, se deshaga 590

a veces en este y a veces en aquel
peldaño de la Embriaguez, y al quedarse
en aquel peldaño dice: «Dionisios es
por completo mío», y pensando
en la cima alcanzada con razón, 595

con acción o estilo, ciega ya los demás
caminos de la sagrada ascensión donde brilla
el alma pura, infinita, por encima del mundo,
donde la Libertad es Conocimiento, éste Amor,
y más allá de este Conocimiento no hay nada... 600

Y hete aquí, hermanos míos... ¡Amanece
el día en que en las cumbres del Pangeo
la Orgía pura deseo celebrar,
en el altar de Apolo que en lo más alto
he erigido, portando la Rosa 605

que, imagen de vida y saber, en los campos
con tan gran cuidado hemos resucitado!
Yo quiero llevarle la Rosa a Él, y sé bien
que en las laderas del monte aguardan
las Ménades, que en cuanto hayan degustado 610

la gracia de Dionisios Bacante
y con los ritmos de Savazio gritan:
«Es todo él, todo Dionisios es nuestro,
y nuestra la Rosa»; y esperan
despedazarlo con las manos y arrojar 615

todas sus hojas, también a mí
como víctima a su Orgía me arrastran... Pero,
al alba, he de llevar la Rosa a las cumbres
del Pangeo y volverla a traer después
sin ímpetu, ligero, tranquilo, solo, 620

lleno de su prodigio, lleno
de su total perfume, lleno
de su simetría sagrada, del todo
lleno de su conocimiento y sólo eso.
Y ¿Qué diré mañana al Sol? «¿Levanta, 625

asaetea la serpiente que ha dejado
la vieja serpiente madre y que ahora
de nuevo por toda la Tierra busca
en sus pliegues para envolverte con fuerza?»

¿Diré, «Despierta Tú, Titán, y de nuevo
haz circular Tus divinos pasos,
Tus divinos sobresaltos en derredor
del terrible reptil que vuelve a ceñir
la Tierra y su juramento ha comenzado a fluir
en tus divinas fuentes, envenenándolas?» 630
635

¿Tales cosas he de decir el día que
ante Él vaya, sin ímpetu, tranquilo,
lleno de Su conocimiento, lleno
de Su santo resplandor, lleno
de Su mágica luz, lleno del todo
de Su prodigio y sólo eso? 640

Porqué, ay, si no llevara yo la Rosa
en el día de Su secreto regreso,
cuando, saltando las espaldas hiperbóreas,
le aguarda a él solo ante Sí una mano 645
y Lo incita: «¡Estoy aquí y aquí te aguardo!»

¿Acaso si no Le llevara la Rosa mañana,
después de mí nadie ascendería,
hombre o nación, para hechizar el caos
con su oculta adoración, y regresar 650
desde arriba, tranquilo y enorme,
al bártro oscuro?

¡Oh, mis valientes,
luchen siempre y que nunca nadie diga
que vence. Porque, por grande que sea
la victoria o el sacrificio, siempre será 655
pequeño ante Amor!

¡Oh, mis valientes,
en breve les dejo mas ¿qué palabras de consuelo
podría decirles? Pues, ¿que son las escasas
semillas de una incontable simiente que
en florecer tardará siglos? ¡Semillas 660
de infinita liberación son ustedes y basta!

Y, amados míos, si con ustedes cenara
esta noche en secreta homofagia el santo
pan y el vino, también las hojas
de la primera Cien hojas que en Uno 665
reunió la exhalación, y que ahora
todo ya seco y que aún mejor perfuma —
fuente de la cumplida Memoria y del Deseo
y de la Meta — dejárselo a ustedes quiero,
que ya desde el profundo Hades les recuerde 670
los peldaños secretos que cada Musa
vela en misterio, y cambia su nombre
igual que Dionisios; y que, de recuerdo
en recuerdo, su Pensamiento ascienda,
y Sus sensaciones y Su valor y Su aliento, 675
hasta la alta cima donde no alcanza
el santo Vino, porque abre ya en sus mentes
el soplo que a todos ustedes ata en Uno,
alma y cuerpo, sangre y espíritu, odio
y amor, pueblos con pueblos, lugares con lugares, 680
la muerte con la vida, los siglos
con los siglos... Y esta será la hora
de la Rosa de cien hojas en su interior,
y la hora de Orfeo que estará en ustedes por siempre,
que sangre y espíritu, y alma y carne, 685
y terribles liberaciones les colocará
en el círculo donde hasta la fe sobra,
¡porque la misma vida será fe resucitada
por siempre en sus corazones!

Mas, hete aquí, ha anochecido. El Lucero ha aparecido 690
en el cielo, lejos queda el camino
hasta la cima... Dense las manos
ahora y fortalezcan de nuevo
la mágica cadena inquebrantable
que con el Juramento ataron la noche 695

primera, cuando reluciente ante ustedes
en los cielos trabajaba el Padre
arrojándose a las profundas oscuridades, y sus mentes
recibieron Sus primeros fognazos; y ¡el deseo
secreto del sostén negro de la Tierra 700
se ha agitado como lanza más allá de los astros!

Y yo aún una vez más sostendré la Lira
para ustedes esta noche... Levántense
porque está oscureciendo. El Lucero ya asoma.
Golpeen en sus escudos y comiencen 705
mi postrer canto pírrico secreto.

Golpeen los escudos. Rectos en la Recta
Meta de sus almas. Y comiencen con calma
el temible Baile de la Perfecta Ley.
Canten el Juramento. Esto dejaré 710
en mi lugar. Y sus infinitas almas
enraizadas en el titánico éter
poséanlas ya. Hijos huérfanos: ¡Bailen!
He golpeado la sagrada Lira... ¡Juren!

(De pie Orfeo hace sonar la Lira. Los guerreros levantan sus dos y juran alrededor suyo. Cantan)

Coro

¡Oh Noche, madre de dioses y hombres! 715

Este Juramento en Ti oculto

yacía en Nosotros, mas como la gracia

ha desdibujado el primer rastro

del Amor Armado —¡sagrado valor!—

se ha culminado lenta, queda, como luna 720

en su completo círculo negro de luz...

¡Oh Noche, madre de dioses y hombres!

Con dioses y hombres atamos aquí las manos

que, más allá de los límites de tiempos y

de lugares, Tú el sagrado estribillo 725

nos donaste... Desde la cruel oscuridad

nos concediste la alegría del deseo,

única, como si del Hades emergiera

con todopoderosas alas ocultas,

y de dentro de Ti un incontable reino, 730

incansable Titán, en cada amanecer,

sobre los odios, al Sol

abrazas en Sus manos la Tierra;

y de la Tierra a nosotros la sagrada embriaguez

nos ha elevado hasta alcanzar el gran misterio 735

que del cielo y la tierra en unión enlaza

la Rosa, oh Noche, a este misterio Órfico,

alimento de nuestro más oculto meditar,

prestamos juramento, más alto que los templos,

para regar toda nuestra sangre entera, 740

con que entregarnos mañana a los pueblos...

¡Noche, madre de dioses y hombres!
Este Juramento yacía oculto
dentro de nosotros y dentro de Ti. Mas
así como su primer molde imprimió la gracia 745
del Amor Armado —¡sagrado valor!—
despacio, quedo como la luna, llena
todo su negro círculo con su luz!

Agradecimiento

El último ditirambo órfico o El ditirambo de la Rosa, poema dramático, se escribió en 1932 y se publicó por vez primera en 1934. Agradecemos a Dña. Ana Sikelianú, viuda del poeta, habernos concedido el permiso para publicar la traducción española. Este texto fue puesto en escena por la Agrupación de Teatro de Filología (Universidad de La Laguna) en la Ermita de San Miguel, San Cristóbal de La Laguna, el 30 de octubre de 2001.



Biblioteca de Autores Clásicos Neogriegos